

## **SALIÓ EL SEMBRADOR A SEMBRAR POR ULTIMA VEZ LA PALABRA**

*Las Siete Palabras son la biblia de Dios.*

(San Agustín)

*Subió a la cruz como cátedra, para que todos pudieran escuchar sus siete últimas palabras.*

(San Bernardo)

*La semilla no se entrega para guardarla en cofres de oro. Así no fructifica. Debe arrojarse a la tierra sedienta para obtener fruto.*

(San Juan de Ávila)

*Presentación.*

Soy un anciano sacerdote diocesano, que desde mi condición de enfermo, deseo colaborar al desarrollo de este nuevo Encuentro de las Cofradías de Semana Santa en Aragón. Me mueve, sobre todo, el poder contribuir de alguna manera a que la predicación de las últimas palabras del Señor produzca abundantes frutos en la evangelización del pueblo cristiano.

Las Siete Palabras no deben ser contempladas tan sólo en unos faroles, unos pasos procesionales o una aparatosa proclamación al aire libre en un día tan agobiante como el Viernes Santo. Deben ser meditadas en el interior de las almas y servir de alimento nutritivo para el apostolado y la vida cristiana. No vamos a “ver” las Siete Palabras, sino a “escuchar y recibir la semilla del testamento amoroso de Jesús crucificado”.

Conozco el gran papel evangelizador de la Cofradía de las Siete Palabras desde sus comienzos, cuando yo era alumno del recordado mosén Francisco en el viejo seminario de la Plaza de la Seo. Luego, en la Pontificia Universidad de Salamanca, al redactar el material para la tesis doctoral que versaba sobre la predicación española en el siglo XVI, comprendí el gran valor que los célebres oradores de aquella época concedieron a las siete palabras. Fue para mí inolvidable el impacto de la Semana Santa

en Zamora, cuando siendo aún alumno del curso preparatorio al doctorado, prediqué en aquella ciudad esa semana.

Más tarde y ya en Zaragoza tomé parte repetidas veces en vuestra procesión del Viernes Santo, algún año predicando por dos veces. Sentí el escalofrío de comunicarme ante miles de zaragozanos que abarrotaban las plazas de Sas, de España, del Pilar.... Algún año recibí una emotiva comunicación de los monjes benedictinos de la Abadía de San Benito del Lago (Canadá) y de las dominicas claustrales de Santorini, una isla lejana entre las de Grecia. Así la predicación zaragozana no conoce fronteras. Presta un servicio universal.

*Sin embargo....*

¿Conocen nuestros cofrades, en profundidad la riqueza de las siete palabras? Mucho me temo que la procesión del Viernes Santo, que lleva consigo el cansancio, el estruendo del tambor, la atención a los diversos pasos procesionales disminuya o borre la profundidad de la palabra predicada.

Es de suponer que el celo sacerdotal de los consiliarios ofrezca a todos los cofrades ocasión para escuchar en profundidad el maravilloso contenido del testamento del Señor. Un número incalculable de libros sobre este tema, podrían constituir una magnífica biblioteca de las Siete Palabras. No hay año que no aparezca una nueva publicación con profundos comentarios. No puede negarse que en general, el nivel de formación cristiana de los cofrades suele ser muy bajo. El Papa Francisco alude constantemente a la necesidad de un laicado sólidamente formado, pero la realidad pastoral de nuestras diócesis y parroquias nos enseña el gran vacío doctrinal, espiritual y cristiano de aún aquellos que hacen profesión pública de practicantes. Conocemos el incremento numérico de cofrades, pero, ¿corresponde a un crecimiento fuerte, sereno, profundo de una religiosidad en consonancia con la práctica de la vida familiar, profesional, social de estos mismos cristianos?

Sugerimos que, a lo largo de la cuaresma, esas palabras de Cristo lleguen a los cofrades mediante conferencias, charlas, meditaciones etc. Para que en un ambiente sereno y tranquilo puedan ser entendidas y vividas por los cofrades.

*¿Dónde cae esta semilla el Viernes Santo?*

En el casco urbano de una ciudad saturada de desfiles procesionales en esos días de la Semana Santa. Mientras tanto la periferia de la ciudad queda sin sementera: Valdefierro, Valdespartera, el Actur, Oliver.... y tantos otros barrios que quizá a lo largo de la Cuaresma solo han recibido en sus humildes parroquias alguna sencilla charla versando sobre temas muy actuales (matrimonio, familia, educación de los hijos...) pero no ha llegado a ellos este tesoro germinal de la sementera última de Cristo en la cruz.

Más aún, el horario de las procesiones no parece ser debidamente adecuado a la primacía que tienen los oficios litúrgicos de la Iglesia.

¿Cuántos cofrades pueden comulgar y oír la palabra del Señor, proclamada en los oficios solemnes del Viernes Santo? Ese día el Señor habla desde la cruz (evangelio de San Juan) y su palabra se hace alimento en la comunión sacramental. Pero, ¿cuántos cofrades asisten? Temo que ni siquiera, a los de Jueves Santo. Alguna vez, estando desligado de mis obligaciones como párroco, en un gran pueblo del bajo Aragón oficié la liturgia del Jueves Santo en un convento de clausura. A la salida, me dirigí a la iglesia parroquial para vivir la celebración de la misa en la Cena del Señor; cuál fue mi sorpresa que, en el trayecto encontré muchos bares atiborrados de cofrades con hábito y tambor que me saludaron cordialmente. ¿Qué hacéis aquí?, pregunté. Que terminen la misa para formar parte de la procesión, me respondieron. Eran pues, cofrades de hábito y tambor, pero no vivían la gran maravilla que en la iglesia parroquial, semi-desierta de juventud, Cristo ofrecía sacramentalmente su cuerpo y su palabra.

#### *Un experimento.*

Al predicar alguna de las Siete Palabras en la gran procesión del Viernes Santo, subía a mi humilde y añorada parroquia de la Sagrada Familia, en Torrero. Allí se vivía la vida ordinaria; nada significaba que estábamos en los días santos del calendario cristiano.

Convoqué a las Marías de los Sagrarios, de quienes era consiliario diocesano, a las antiguas alumnas del colegio de Santa Ana, muy conocidas por mis retiros mensuales, y a otros grupos de cristianos comprometidos, pero no cofrades. En el amanecer del Viernes Santo se congregaban todos, en grupo compacto para recorrer juntos lo que llamamos "ruta de las cinco llagas". Algún año éramos más de 300 los que siguiendo una

desnuda cruz recorriamos las calles de Torrero, con estación en las parroquias de aquella zona: San Francisco, Nuestra Señora de la Paz, San Eugenio, El Buen Pastor, La Sagrada Familia. Tras la visita y adoración ante el monumento eucarístico meditábamos una por una las sagradas llagas del crucificado. Me parecía, al término de la procesión, que la gracia de Dios en el amanecer del Viernes Santo había regado calles y plazas de un barrio sediento espiritualmente. Los vecinos de las calles engrosaban nuestro grupo o escuchaban desde los balcones la palabra de Dios. Habíamos sembrado de antemano, con suma sencillez, lo que luego en el casco de la ciudad, sería la sementera de la gran cofradía de las Siete Palabras.

Me pregunto si pudiera ser que tan numerosa cofradía como la actual pudiera desgajarse de alguna manera, para ser instrumento de fe y doctrina en la periferia que tanto reclama el Papa Francisco con su palabra y su ejemplo pastoral como obispo de Roma: los barrios más alejados, las parroquias más humildes son objeto de su preferencia hasta en días tan señalados como el del Corpus Cristi con su procesión.

#### *Consideración final.*

El Papa Francisco advirtió en una alocución sobre el peligro de que estos actos religiosos públicos se conviertan simplemente en un “carnaval piadoso”. Lejos de mí pensar que esto suceda en nuestras queridas cofradías aragonesas; pero el peligro existe. La desacralización del mundo que nos rodea constituye un peligro constante.

**Formación cristiana, oración, afán evangelizador** son los mejores antídotos para que los desfiles procesionales sean sencillamente un reflejo del recio espíritu cristiano que los beneméritos fundadores, como aquí mosén Francisco tuvieron como objeto primordial.

*Mariano Sergio Mainar Elpuente*

*Presbítero*

